

DOS VIAS DE PERIODIZACION DE NUESTRA LITERATURA

Gaspar Pío del Corro

Como planteo previo, debemos distinguir entre periodización *cíclica*¹ y periodización evolutiva. Llamamos *cíclica* a la periodización que atiende preferentemente a las ondas de influencia estético-literaria que se suceden sobre nosotros, en movimiento *horizontal*, es decir, procedentes de vertiente *exógena* -casi siempre Europa y Norteamérica. *Cíclica*, porque el influjo de estas vertientes culturales retorna como influjo, aunque cada vez sea portador de caracteres distintos. Se trata de una calificación crítica atribuida desde la perspectiva del *receptor*.

Llamamos en cambio periodización evolutiva a la que se hace atendiendo con preferencia al movimiento endógeno de la creatividad, movimiento *vertical*, de abajo hacia arriba, procedente desde el seno de la propia comunidad. Este dinamismo actúa en todas las comunidades. No es *cíclico*, sino *vital*. La perspectiva de periodización que lo atiende no es la del receptor sino la del *creador*.

1- La designación no alude a la hipótesis de la alternancia *cíclica* clasicismo-romanticismo, que responde a otro planteo.

Entre nosotros la periodización cíclica está consumada, aunque no agotada. No está agotada porque responde a una realidad, si bien sólo a una parte de ella: responde al proceso de la literatura "emergente", y ha actuado y sigue actuando con eficacia decisiva aunque no total. Fue y sigue siendo un instrumento apto para entender nuestra literatura en el marco de aquella causalidad exógena. La periodización evolutiva, en cambio, no está hecha; sólo hay esbozos o conatos individuales en este sentido. Responde a una realidad, pero sólo aparece como posibilidad de ser. Esa realidad se vincula en gran medida con nuestra literatura "subyacente".

Hasta dónde ha actuado o actúa la periodización evolutiva? Sólo podemos decir que se trata de un instrumento de aptitud virtual, capaz de integrar nuestra visión histórico-crítica sobre la base de raigalizar en nuestra cultura comunitaria, de pueblo, la dimensión de la literatura como conjunto.

Para emprender la tarea posible de una periodización evolutiva de nuestra literatura hay que asumir una actitud de base: en primer lugar, preservar y utilizar todo lo que se ha hecho hasta ahora; respetar lo que han hecho nuestros críticos, algunos de ellos eminentes a quienes debemos trabajos insoslayables que han de ser nuestra materia de partida. Rubén Darío decía: "Abominad las manos que apedrean las ruinas ilustres". Estas son ilustres, pero no son ruinas. Sólo que nosotros necesitamos complementar la visión que aportan e incorporarla a una perspectiva finalmente integradora.

En segundo lugar, si bien decimos que hay que abordar con humildad esta tarea, hay que hacerla sin embargo con una absoluta independencia de juicio. Formalizadas estas precauciones, entramos en tema.

Toda periodización es un acto por el cual se pone e impone un criterio de división temporal. Su consistencia histológica es, pues, básica. Pero esta esencialidad no hace de los períodos resultantes entidades de naturaleza: son divisiones relativamente arbitrarias que la mente aplica sobre lo real para entenderlo. Todas las ciencias sociales son así, operan así. La periodización literaria es una de ellas.

La arbitrariedad, empero, de la división, no significa irracionalidad, sino todo lo contrario: nace de la necesidad

de racionalizar según nuestro arbitrio -relativo- la continuidad temporal del fenómeno de la Literatura; es decir, organizar lo disperso, lo heterogéneo o aparentemente anárquico de la sustancia histórico-literaria en categorías que faciliten su comprensión. Categorías en que la mente clasifica según dos órdenes de realidad preexistentes: en cuanto al objeto, lo que él ofrece de materia verificable; en cuanto al sujeto, lo que éste -lector o crítico- padece como necesidad de verificación. Lo verificable del objeto literatura-en-el-tiempo y la verificación por el sujeto crítico son funciones de esa simbiosis entre sujeto y objeto que es la clave de la búsqueda e instauración de la verdad histórica.

Decimos *búsqueda* e *instauración*. Porque la verdad, en ciencias sociales, no es solo la conformidad de la mente con el objeto-*ya-dado* sino también su conformidad con el objeto-*posible*. Y el objeto posible conlleva la índole de una verdad interior que subyace potencialmente en el sujeto de la cultura. Todo verdadero sujeto de la cultura es creador, esto es, despliega desde dentro de sí un objeto virtual.

La búsqueda de la verdad, desde dentro de nuestra cualidad cultural de latinoamericanos, consiste entonces -también- en procurar el encuentro con nuestro propio término de conocimiento, desentrañarlo de nosotros mismos e instaurarlo en lo histórico. Esto es válido tanto para la escritura artístico-literaria como para la escritura crítico-literaria, sin que esta afirmación signifique desconocer la posibilidad de una ciencia de la literatura con todos los planteos que eso conlleva.

En materia física lo real puede considerarse como lo *ya-dado*, pero en materia cultural lo real debe considerarse como un objeto intermedio entre lo *dado* y lo *doble*. Creo que la verdadera crítica latinoamericana será la que responda a las dos direcciones en unidad de visión: la que se instale en la complejidad fenoménica de nuestra expectativa de ser y la que clasifique lo que *fue* en el marco de lo que *pudo* y *puede ser*. El crítico ha de instalarse en el eje histórico de esa expectativa y periodizar atendiendo simultáneamente ambas direcciones. La tarea crítica de lo histórico-literario exige cosmovisión permanente. No estamos ante el problema de cómo está constituida una roca; nuestro objeto no es geológico: es geocultural, y por eso tiene la sustancia proteica del

devenir de los hombres y los pueblos.

Toda visión de conjunto es forzosamente esquemática, selectiva. Opera por elección de los datos pertinentes o congruentes -según los casos- que sirven para comprender algo. Con ellos se elaboran modelos de análisis-síntesis que tienden a prescindir metódicamente de las contradicciones. Pero en ciencias sociales los modelos son válidos sólo si no excluyen la posibilidad de lo contradictorio en tanto que esta categoría forma parte de la naturaleza de la obra humana, dada o virtual: la obra literaria y su fenomenología, por supuesto.

Se trata de abordar una sustancia histórica con todas las complejidades e impurezas de la historicidad. Se trata de esbozar, relativamente *a priori*, una hipótesis de trabajo en que interactúen el *modelo* y el *símbolo*; o lo que es igual, la salida de la mente hacia su objeto y la salida del objeto desde la mente. Investigar los esquemas culturales dados, intuir los esquemas posibles, recoger los esquemas virtuales que buscaron y buscan su forma en el seno de la creatividad de nuestros pueblos, instaurarlos como prototipos culturales eficaces para la comprensión de la realidad preexistente o necesaria... tal es la función del crítico de la literatura en el complejo de causas de la realidad cultural de Latinoamérica.

Un esquema de crítica literaria es un modo de conocer la literatura. Un esquema de periodización literaria es un modo de conocer la literatura como historia, la escritura como proceso humano en el tiempo. Este es un proceso vital, creador, en cuyos movimientos los determinismos actúan pero no absolutamente; de la misma manera, en este proceso la elección creadora del escritor actúa pero tampoco absolutamente. Cada obra literaria es uno de los "mundos posibles" puesto en acto. Lamentablemente a estos mundos, en particular a los de Latinoamérica, no se les puede aplicar sin más el veredicto optimista de Leibnitz: no se puede afirmar de ellos que sean los mejores porque además de *posibles* son *existentes*... Existir es estar fuera-de-la-causa; pero estos pequeños mundos que son los libros, mientras más literarios son más inmersos se mantienen en el vórtice de procesos causales que los recrean permanentemente: los instauran y los eclipsan permanentemente.

Son *textos*, es verdad. Y la crítica sabe bien lo que es la tarea de *fijación de texto*. Tarea necesaria, imprescindible para ese punto de partida de las leturas que es la *denotación* textual. Pero lo denotado, lo que está lexicalmente escrito, es sólo la zona semántica básica donde la lectura hace pie para iniciar desde allí la tarea específica del lector: su intervención creadora en la producción de sentido. El crítico literario no escapa a esta determinación, menos aún en el seno de nuestra cultura, constantemente coaccionada por sistemas categoriales capaces de cambiar de signo la totalidad de nuestro valores y categorías: nuestra escritura se debate en el fondo de una creatividad condicionada por una cibernética -etimológicamente: *gubernética*- de los signos que procede de superpoderes condicionantes. La crítica literaria de Latinoamérica tiene en este campo un desafío específico.

La obra literaria es obra de arte, y como tal es símbolo: Los verdaderos símbolos literarios son organismos verbales que viven, existen realmente en el circuito de la comunicación. El movimiento de la significación va y viene desde ellos y hacia ellos. La trama textual, con toda su rigidez nominal aparente, no es sino el tejido por donde circula el fluido histórico de la significación. *Significación*, decimos, no significado en acepción denotativa. Lo significado, en arte, es un ámbito semántico homogéneo pero complejo y con una inagotable capacidad de actualización en función del sentido. Lo que pone en acto cada lectura es aquella capacidad virtual, esa riqueza semántica que es más profunda en la medida en que el texto es más literario, más abierto a re-creación por el lector. Por eso el proteico ámbito de lo significado se abre polisémicamente al contacto con la mente receptora: se abre más en la medida en que esta mente es más capaz de actualizar la fisiología de la significación, el dinamismo que interactúa entre significantes y significados hasta hacer que la denotación se vuelva signifiante, como reconoce Greimas, y así podamos acceder a la "fiesta del lenguaje", como quiere Ricoeur.

El texto literario es entonces un "espacio" donde el hombre se reencuentra consigo mismo y con los otros y las generaciones se reconocen entre sí, por remotas que sean. Por eso puede llamarse simultáneamente "región del salto" en los poemas de Roldán Auzqui o "lugar de reunión" en la poesía de Alejandro Nicotra.

Generacionalmente -y esto importa para periodizar- los textos son algo más que simples catalizadores; no sólo gravitan por proximidad: al contacto con la mente suelen ser formidables detonadores que en determinadas condiciones hacen estallar el sentido de vastas ondas de significación. La vastedad de estas ondas va mucho más allá que las previsions conscientes de la inteligencia creadora del escritor. El *Facundo* de Sarmiento fue escrito para una finalidad política: su denotación apostrófica pudo servir, y sirvió en un momento dado, para derrocar a Rosas; su connotación sirve para mucho más: no sólo para justificar a Quiroga sino también para leer en él la "expresión fiel de la manera de ser de un pueblo" (D.F. SARMIENTO) latinoamericano.

Hablar del *movimiento de la significación*, no es apelar a un enunciado que ayude al crítico a comprender lo histórico-literario por vía de cierto apoyo topológico, como en sus campos hacen tantas veces filósofos y científicos; no es caer en una metáfora auxiliar de la crítica, capaz de cubrir por mera aproximación alguna zona oscura del asunto. El movimiento de la significación es tan real como cualquier fenómeno de la naturaleza: todo texto literario es un seno donde reposan significados posibles y virtuales. Cada vez que se establece con un texto el circuito de la comunicación, cada vez que la inteligencia humana toma con él un auténtico contacto de lectura, allí se despierta y moviliza y pervive el dinamismo semántico. Su mensaje puede conmover una conciencia individual y hasta formar o transformar la conciencia colectiva, en circunstancia propicia.

Es que no se trata sólo de texto sino de contexto. La *contextualidad* de la escritura es una función multidireccional: liga el texto con la mente humana -la emisora y la receptora- y por mediación de éstas religa, hacia atrás y hacia adelante, con una compleja causalidad biográfica, social, económica, política-histórica en definitiva. Toda esta contextualidad está a su vez nutrida constantemente de otro complejísimo orden de causas que vinculan el texto con la historia literaria y cultural de una lengua y de la Humanidad: hay pues, una

intertextualidad que es la vida misma de la cultura y del Espíritu.

El texto en el contexto y en el intertexto no son situaciones artificialmente provocadas por el crítico cuando vincula un libro con su época o con otras obras -ahí, en ese momento. Por cierto que puede y debe hacerlo, y lo hace. Pero el concepto es mucho más profundo y sustancial: sin el contexto no hubiera nacido el texto; sin determinados textos los contextos serían distintos de lo que son. Asimismo, sin el intertexto el mensaje de los textos sería un balbuceo semántico, y sin los textos receptores y transformadores la riquísima herencia cultural de la Humanidad desaparecería. El mensaje de la intertextualidad es la vida de la Palabra, que trasciende la puntualidad del texto. Hay que buscar el contexto y el intertexto para comprender históricamente. Hay que buscarlos más allá de ciertas delimitaciones que mutilan la capacidad y la necesidad de comprensión.

La periodización literaria medida desde la patria-chica- desde la argentinidad, la peruanidad, la paraguayidad²- nos hace ver, por ejemplo, la literatura gauchesca sólo como un fenómeno de las orillas del Plata. Hernández mismo lo vio de esa manera por algún tiempo. Como legislador su discurso histórico-político cedió con frecuencia al código mitrista de las "soberanías" boliviana y chilena como adversarias de los derechos "soberanos" de Buenos Aires o de la República Argentina. Pero cuando desde esa misma altura gubernamental volvió a mirar hacia el pueblo, entendió que los parias del Progreso, de la Libertad y de la Civilización no eran solamente los *gauchos* argentinos; lo eran también los *leperos* de México, los *llaneros* de Venezuela, los *montuvíos* del Ecuador, los *cholos* del Perú, los *coyas* de Bolivia. (Hernández los nombra en este orden, pero en singular). Su lectura de la realidad cultural del sujeto-pueblo, inicialmente localizada en los pagos de su héroe pampeano, se abre de pronto a la relectura de su propia obra, pero ahora en dimensión latinoamericana. En el capítulo introductorio de su *Instrucción del Estanciero* José Hernández retorna sobre su escritura anterior y en medio

2- Cf. J.A. RAMOS.

de un complejo de objetivos dispares alcanza a poner en acto una zona hasta entonces virtual de la lectura de *El gaucho Martín Fierro* (1872).

Es que no debemos seguir periodizando solamente según las literaturas paraguaya, peruana, chilena o argentina, etcétera. Ni siquiera debemos hacerlo en aquellos casos en que la regionalidad del asunto parece más distintiva: la literatura gauchesca, por ejemplo. La literatura gauchesca, con toda la singularidad y localización que con justicia le reconoce la crítica, puede ser leída -también- como una de las manifestaciones acaso esenciales de la literatura de la Independencia. En efecto, aquella literatura, en lo que tiene de sustancial -no en el rastreo lingüístico que se pueda operar hacia atrás- nace de la disgregación de los ejércitos que lucharon por la libertad de la Gran Colombia, la patria-grande latinoamericana. (Era la época en que un patriota cordobés, el Deán Gregorio Funes, ponía por encima de su ciudadanía argentina su convicción de colombiano..). Es claro que para comprender estas cosas hay que leer la Historia según códigos distintos de los que rigen la formación cultural que se imparte en nuestras escuelas de guerra, llamadas "nacionales"; distintos de los códigos que urdieron el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca o de los que mantienen la Conferencia Permanente de los Ejércitos Americanos... Hay que leer la Historia según el espíritu de la Conferencia de Guayaquil, de donde nacieron las *fuerzas armadas unidas de Latinoamérica*. Se ha hablado mucho del misterio y del secreto de esta conferencia. No hay ningún misterio, si se atiende a lo que nació de allí: el árbol se conoce por sus frutos, las fuerzas armadas unidas de Latinoamérica. De su desintegración, manipulada por Inglaterra, brotaron la anarquía, la persecución, la miseria, el desaliento de nuestros pueblos. Así condicionado, el espíritu de América Latina debió ser, inmediatamente después, un vasto campo de recepción y proliferación de la *melancolía* romántica: la literatura del héroe frustrado, en el inmenso escenario: de la gran nación atomizada, destruida en su posibilidad de ser. De los *cielitos* festivos a la protesta gauchesca hay una misma distancia histórico-cualitativa que media entre las *odas* celebratorias de triunfos de la Independencia y la plasmación del héroe literario como *sombra*.

Señalamos al comienzo la consistencia histológica, *diacrónica* de toda periodización. Pero según vemos la diacronía sin más no resuelve el problema de periodizar en la literatura. Su función ha de integrarse con la dimensión *sincrónica* del fenómeno literario, que no es problema de simple sucesión temporal sino de historia humana: un asunto de unanimidad-en-el-tiempo. Esta *un-animidad*, esta solidaridad de las almas en la historia, tiene para nosotros su ámbito propio de verificación en Latinoamérica: unidad de contenidos en unidad de continente. (llamo *continente* al que tiene los contenidos: del Río Grande, para acá), unidad de tradición y de lengua en una misma tierra (la vieja lucha por toda Latinoamérica de Manuel Ugarte, cuya obra no se enseña en escuelas ni universidades), unidad de escenario histórico con un mismo sujeto de la historia. Por eso los aportes más significativos para la periodización de nuestra literatura deben buscarse en las historias de la literatura latinoamericana o hispanoamericana, no en las denominadas "nacionales". Así y todo, en estas últimas se registran divisiones coincidentes con las de otros países de Latinoamérica, y esto se debe a que, aunque ausente la visión autógena de conjunto, hay sin embargo un factor común a todas, que es la vertiente exógena: dominante: europea o norteamericana.

Por esa vía son comunes las categorías que clasifican: escritores iluministas, románticos, naturalistas, modernistas, ultraístas, neorrománticos, etcétera. Y esto, en una sucesión doblemente cíclica, porque además de lo que dijimos suele oponer al *racionalismo* de los iluministas el *irracionalismo* romántico; a éste el *realismo* de los naturalistas; a éstos el *idealismo* de los modernistas; a este idealismo sublimador la *desublimación* practicada por los ultras o vanguardistas; a la actitud de estos ultras la nueva *sublimación* en que incurren los neorrománticos platónicos del '40; allí muy cerca, el *neorrealismo* de los superrealistas... y finalmente esta "postmodernidad" tan difusa todavía, de la era cibernética internacional.

Estas formas de periodizar tienen fundamentos reales: de este lado de los países latinoamericanos, escritores que las representan -y qué escritores!-; del otro lado, la vertiente cultural que las nutre y predetermina. Como vemos, fundamentos reales pero exógenos.

Lo que queda fuera de esta periodización es el sujeto endógeno de la literatura. El sujeto-pueblo, respecto del cual los intelectuales no podemos ser iluministas ni superrealistas sino *mediadores* de su creatividad. El pueblo es el sujeto de la creatividad auténtica, según escribiera José Hernández; el portador de las grandes tendencias *arquetípicas* actuantes desde el seno de su determinado *tipo* histórico y geográfico. Al intelectual, en lo antropológico y social³, le corresponde la función específica de producir, a partir de aquellas tendencias, *prototipos* culturales o esquemas conceptuales capaces de formalizarlas en obras. El Naturalismo, por ejemplo, fue un prototipo cultural generado auténticamente por la Europa de la segunda mitad del siglo XIX como esquema conceptual apto para que la comunidad productora del maquinismo se autocomprendiera a través de su arte y su literatura. Entre nosotros fue una expresión importante pero epigonal, innegable en su eficacia y extensión sincrónica, pero no endógena: fue la literatura de la clase criolla dirigente, culturalizada a la europea, por los mismos años en que el Sarmiento de *Conflictos y armonía de las razas en América* volvía sobre sus pasos contemplando lo que en ese momento percibía como fracaso de la "educación común" por la que había luchado desde cuarenta años atrás. Al mestizo criollo lo veía, con dolor, como una "raza servil que custodia" a la blanca. Y es claro que una raza servil no hace cultura ni literatura a menos que tome conciencia profunda y genere mediadores intelectuales de su redención, de su rebelión.

Una forma de esa mediación es la crítica literaria, y dentro de ella la periodización literaria. Cómo vamos a periodizar en lo futuro? Solamente según nuestra capacidad de ser eco (y qué eco!) de los grandes ciclos generados por evoluciones exógenas? Solamente por eso, que es necesario pero no puede ser único? O también según nuestra aptitud para desplegar simultáneamente nuestra propia endogénesis y sus evoluciones? Si ha de ser según lo primero, periodizar es sencillo: basta con adoptar y adaptar a cada fragmento "nacional" de la literatura la sucesión de los grandes ciclos

3- Decimos en lo antropológico y social, porque su libertad creadora debe quedar a salvo.

exógenos -y esto es tarea válida pero no propia de una cosmovisión crítica. Si ha de ser también según lo último, periodizar requiere previamente extender la mirada hacia Latinoamérica: a su pueblo, como portador de una creatividad arquetípica, a veces liberada, a veces reprimida.

Quizás no estemos en condiciones de afirmar todavía -si las *eras imaginarias*: de Lezama Lima -tan oportunamente aludidas en su ponencia por la profesora Zulma Palermo- aportan una respuesta total. Hay que estudiarlo bien al tema. Pero es fácil advertir que así como las *eras geológicas*: de Ricardo Rojas -fundador de los estudios universitarios de literatura argentina, a quien tanto debemos- nunca pudieron ser invocadas metodológicamente, tampoco deben seguir gravitando sin salida sobre la literatura miradas reducidas que impusieron, con limitación de perspectiva histórica, encumbrados e influyentes intelectuales argentinos. Intelectuales que fueron y siguen siendo venerandos maestros de generaciones: José Manuel Estrada, por ejemplo. El afirmaba que la entidad *política* de la República Argentina está determinada por nuestra entidad social, que nuestra entidad social está determinada por nuestra entidad geográfica... y ésta por la voluntad de la Divina Providencia. De este modo la intelectualidad argentina investía de sacralidad la supuesta imposibilidad-de-ser de Latinoamérica. El escritor Estrada consagraba así en prototipo cultural la misma desviación que años antes había impuesto el ministro de relaciones exteriores de Mitre, don Rufino de Elizalde, en respuesta lapidaria contra el Tratado Continental latinoamericano propuesto por Chile, Ecuador y Perú, que venía siendo apoyado por otros países ante los atropellos que impunemente cometían Europa y los Estados Unidos. En carta a don Buenaventura Seoane, su colega peruano, le decía: "La América independiente es una entidad política que no existe (...) la naturaleza⁴ y los hechos la han dividido (...) la República esta identificada con la Europa hasta lo más posible".

Nunca podremos periodizar en dimensión latinoamericana mientras los intelectuales sigamos generando estos pseudo-prototipos conceptuales, aptos solamente para una comprensión muy menguada de la propia cultura, de la literatura propia.

4- Coincidencia de fondo con Estrada.

Acaso sea más elocuente y didáctico que todas las conclusiones que nosotros seamos capaces de extraer en este momento, el recordar las palabras con que el ministro del Perú le responde finalmente al ministro argentino:

"¿Y Santo Domingo, Sr. Ministro? ¿Y México? ¿Y las Islas Malvinas?".

Su carta tiene fecha de 17 de noviembre de 1862: para los que conocen la historia argentina, la época en que se inicia, un año antes, en Pavón, la desgracia histórica de Argentina y Latinoamérica.

Universidad Nacional de Córdoba